

OTRAS RAZONES

La página de LA RAZÓN sobre las OTRAS RAZONES es el único torrente organizado de ideas de la prensa. Columnistas excelentes transitan por todos los medios. También por éste. Pero no se había hecho, en lo que conozco de mi tiempo, un esfuerzo parejo de sistematizar, desde distantes corrientes de pensamiento, dispares alternativas políticas y heterogéneas sensibilidades sociales, un cuerpo de opinión tan estructurado, enriquecedor y creativo en un medio que, aunque tiene la vigencia de un día y sirve para envolver pescado al siguiente, puede dejar el legado de penetración moral y agitación intelectual que la sociedad, aunque no lo sepa, necesita.

Los bueyes de las ideas aran el progreso. Después, el fruto parece crecer por arte de magia y olvidamos la paternidad del esfuerzo intelectual, despreciado en el cenagal de lo inmediato. Tenemos un sentido tan reduccionista de la utilidad, que ni siquiera advertimos lo útil que es pensar, anticipar o soñar. Decidimos primero vivir y luego filosofar, sin entender que la vida del hombre no es la del alcornoque, por poner una planta bastante descriptiva, y que si nos diferenciamos de otros animales es por algo más que la sonrisa.

Por eso reivindico hoy la capacidad de Martín-Miguel Rubio Esteban por explicarnos, con el apasionamiento de la honradez radical, que lo más original de nuestra realidad está escrito lúcidamente en los clásicos; que también nos anticiparon su diag-



nóstico los de la literatura, como nos cuenta el sabio Antonio Prieto; que el implacable Dalmacio Negro ejecuta genialmente el oficio de forense de lo político; que Gregorio Robles es el taxónomo que expone dulcemente glorias y vergüenzas; que Andrés Sorel se conmueve y nos conmueve con su inmersión en el realismo poético que le reclama la injusticia. Y, también, la lumino-

sa perplejidad ética de Javier Sádaba; la conciencia crítica de la historia reciente de Rafael Borrás; la excursión onírica de Agustín García Calvo por el amor, la memoria y el amor a la memoria; la fresca dandy de Bruno Aguilera, cuya ironía desnuda la realidad de puro reírse de quienes están aprisionados por ella. O Joaquín Navarro, ay, cuyo empeño en batirse a espada tras el muro del cementerio político no puede ocultar el deslumbrante lenguaje ni la bondadosa acidez.

Y, por supuesto, Antonio García Trevijano, al que le cabe el orgullo del maestro que está entre los elegidos para quienes su sabiduría es incapaz de maniatar la turbulencia de la originalidad, la lucidez de la inteligencia abrasadora, la esgrima del escarpelo político frente al convencionalismo pastueño y la convicción del compromiso desde la inquebrantable moral de la razón.

Ya sé que me he quedado corto en elogios, pero sólo pretendía ser descriptivo, y la columna no daba para más.

José A. SENTÍS